



PILAR EYRE

CARMEN

LA

REBELDE

Una novela apasionante sobre la tortuosa relación de amor entre Alfonso XIII y la actriz Carmen Ruiz Moragas, una mujer única, libre y valiente

Pilar Eyre



Carmen, la rebelde

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pilar Eyre, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2018

Depósito legal: B. 6-2018

ISBN: 978-84-08-18144-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Con un rápido movimiento de lengua me limpié los dientes de delante por si me habían quedado manchados de rojo, me ajusté la piel de *renard* al cuello y aún tuve la presencia de ánimo de guardar en el último momento en mi bolsito de malla el anillo con el brillante gordo como un garbanzo de Fuente Sauco que me acababa de regalar Alfonso para hacerse perdonar alguna trastada. Recorría el pasillo del teatro Fontalba rumbo al palco real como si estuviera en un sueño algodonoso, las señoras de Madrid, y alguna no tan señora, salían a mirarme sin disimulo y susurraban tapándose la boca con la mano:

—Mira, la Moragas.

Leticia Bosch Labrús, duquesa de Dúrcal, que había jodido con Alfonso antes de mi tiempo, chilló con su cerrado acento catalán:

—¡Es la querida del rey!

Yo caminaba con la cabeza muy alta, no solo por orgullo, sino para disimular una incipiente papada que algunos kilos de más habían puesto en mi rostro. El fotógrafo Kaulak me había enseñado que apretando los dientes y levantando el mentón pasaba desapercibida, pero yo había suprimido el pan y los pasteles, todos, excepto los canutillos de huevo hilado de Tortoni, que me volvían loca.

Emilio de Torres, al que Alfonso, en uno de sus rasgos de estúpida generosidad, acababa de hacer marqués, me precedía obeso y plantígrado como una oca satisfecha. Saludaba imperceptiblemente aquí y allí. A las mujeres, si eran título,

les dirigía una pequeña reverencia que ellas recibían con complacencia avergonzada, a los hombres casi un guiño de complicidad porque estaba haciendo de *chevalier servant* de la amante oficial del rey, conduciéndola ¿adónde?

¿Es que al final se iba a producir un encuentro que todo Madrid llevaba ocho años esperando con glotonería? Incluso vi como el Negro Fabregat me miraba y se relamía como mi gato Micifuz delante de un plato de leche. Después se santiguó y, como los horteras, se besó el dedo gordo.

A medida que nos íbamos acercando al palco real yo me sentía como un dragón arrojando chorros de fuego por las narices, la expectación aumentaba, el siseo se volvía ensordecedor, se desorbitaban los ojos, los golpes de abanico se hacían más frenéticos. Totó Alba le preguntó a su marido en un murmullo perfectamente audible:

—No irá esa sinvergüenza a...

Jimmy meneó la cabeza y se ajustó el monóculo para dirigirme una mirada sabia, triste y humorística porque sabía que yo era capaz de cualquier desatino.

Alfonso, cobarde como todos los hombres, había preferido refugiarse en el foyer, a fumar nerviosamente un cigarrillo y tomar una copa de brandy. Tenía un gusto infantil por los uniformes y las medallas, él, que no había participado en ninguna guerra, y esa noche, y de forma innecesaria, iba vestido (disfrazado, le decía yo) de húsar de Pavía. Lo había atisbado a lo lejos pasándose la mano por el pelo como hacía siempre que estaba alterado, y ese gesto suyo lo sentí por un instante hasta en la médula de los huesos, incisivo como un bisturí. ¡Cómo nos habíamos amado!

¡Alfonso!

Me reí por dentro, cómo se había resistido el menda, yo sabía que este encuentro era para él como una patada en la entrepierna y solo había accedido por mi pesadez y mi insistencia. Pero al fin lo había conseguido. ¡Verme con la reina, yo, Carmela Ruiz Moragas! ¡Por mi insensata propensión al peligro, pero también por mi chulería y porque a la hija de

mi madre nadie le hacía ningún desprecio, no había parado hasta conseguirlo!

Todo empezó el día en que el modisto Crippa, que era mi confidente, pasó por mi casa después de ir a palacio a llevarle unos figurines a la reina, postrada en cama con flebitis. Tomando una taza de chocolate y arrebolado como un adolescente, me contó:

—Su majestad me ha hecho entrar en el gabinete y tenía sobre el sofá una revista con tu foto en la portada. —Dejó la taza en la mesita y cogió una lionesa de nata—. ¡Yo no sabía dónde mirar! Intentaba hablar de una cosa y otra, pero ella no me escuchaba y al final me dirigió una de esas miradas que te hielan el corazón y me dijo...

Aquí, Crippa, que es muy teatrero, fingió un repentino pavor por las consecuencias y puso una voz atiplada y temerosa.

—No, no, mejor no te lo digo. —Le pellizqué la muñeca y se quejó—. Oye, basta, duele, ¿sabes?

Tengo mucha fuerza y le dije que no lo soltaría hasta que no desembuchase y, al final, se decidió a regañadientes frotándose el brazo.

—Qué bruta eres, Moragas, me dijo, y jódete —puso acento extranjero—, «a veces pienso que lo único que me mantiene con vida es mi odio por esa puta».

Y añadió, a mi parecer superfluamente:

—La puta eras tú.

El pecho se me llenó de carbones encendidos.

Esto no se lo conté a nadie, pero ese día me prometí a mí misma que había llegado la hora no de verla, que ya lo había hecho demasiadas veces, sino de conocerla. De que alguien me la presentara y no tuviera más remedio que saludarme. Y que verificara que era fragante, hermosota, alhajada, sana y con ca-

deras de buena paridora se convirtió en mi martirio y en mi obsesión.

¡Restregarle por los morros a ese pescado hervido lo que es una hembra de verdad!

No quiero contar aquí todas las artimañas de que me valí para conseguir mi propósito. Al final fue Emilio de Torres el que sugirió:

—En una función benéfica se suele presentar la artista a la reina.

Hastiado, Alfonso accedió y se fue de cacería, dejando los preparativos en nuestras manos.

O sea, que decidí abandonar mi retiro para interpretar un monólogo de los hermanos Quintero a beneficio del montepío de artistas viejos y pobres. Pero si me hubieran llamado para salvar la vida de percebes y berberechos también lo hubiera hecho, no solamente porque los animalillos me gustan a morir, no solamente como pretexto para conocer a la reina, sino porque cualquier excusa era buena para volver a respirar el polvo del escenario. A mí me pasaba lo contrario que a la gente común, ¡necesitaba el pestazo a humedad, sudor, camerino, humo, para que mis pulmones se ensanchasen, como el que respira el aire puro de la sierra! ¡En casa, a solas con mi hija y mis padres, me aburría! ¡No se ha hecho para mí la vida doméstica!

Juan Chabás, como es poeta, lo expresa con sutileza, «ponemos en altos parajes nuestras trampas para la dicha», pero yo se lo digo sin tantos florilegios, a lo bruto: «¡la vida, sin teatro, es una lata y un aburrimiento!».

Así pues, la bobada esa de los Quintero había terminado, me había cambiado la batita de percal de la función costumbrista por un vestido de imitación Worth de muaré dorado y Torres me había venido a buscar con pretendida naturalidad a mi camerino y, con pretendida naturalidad, ni un solo espectador había abandonado su butaca, pendiente de aquel encuentro.

—Su majestad quiere verla en su palco, señora Ruiz Moragas.

—Muchas gracias, señor marqués, a su disposición.

Iba caminando sobre la alfombra algo raída del pasillo que lleva a los palcos sin mirar ni a izquierda ni a derecha, uno dos, uno dos, hacía un calor sofocante, las pieles me oprimían como si el zorro hubiera vuelto a la vida y me diera un abrazo mortal, la faja de goma que estrenaba ese día me apretaba el vientre, en el que empezaba a nacer otro hijo. ¡Otro hijo, un hermano para María Teresa!

¿Hermano del todo?

Bueno, bueno, ya se verá.

Aún no se lo había contado a nadie.

Me toqué ligeramente la cabeza para sujetar bien un camafeo de zafiros que me había regalado el que fue mi marido y me dije, Carmela, olvídate de todo, goza de este momento, quién te iba a decir a ti que al final ibas a ser presentada a «la bella estatua indiferente», como la llamaba el Caballero Audaz, a la Pava Real, según los cortesanos de Alfonso. La Otra, la llamaba yo para mis adentros, porque mis adentros hablaban pueblo, como me decía siempre Alfonso mientras me daba mordibesos en el hombro y más abajo. En la parte sur del hemisferio Carmela.

Me recorrió un escalofrío y a continuación sentí por toda la piel un estrépito de fogonazos.

Precisamente mi íntimo amigo José María Carretero, que firmaba sus crónicas como el «Caballero Audaz» y que había venido con Rafael Rivelles y con María Fernanda Ladrón de Guevara, me hizo un gesto simpático con su larga boquilla y yo se lo agradecí con una sonrisa, la única que esboqué esa noche. María Fernanda se acercó para cotillearme:

—Oye, tú, ¿sabes que a Mercedes Prendes le pagan veinte duros diarios en el Español y que don Jacinto...?

Era uno de esos chascarrillos que a la gente de teatro nos encantan, y yo, inconscientemente, ya detenía el paso para escucharla con una sonrisa prendida en los labios, ya me asombraba, «¿será guarra?», cuando Torres se volvió y me reprendió con severidad:

—Carmela.

Seguí avanzando, hacía unos años había interpretado a María Antonieta camino del cadalso en una pieza de Linares Rivas y procuré acordarme de cómo abordé el papel: con tranquila dignidad e indiferencia, y me metí tanto en el asunto que cuando llegamos a la puerta del palco me sobresalté y miré azorada a mi alrededor, buscando la guillotina y esperando que el apuntador me diera el pie para empezar mi parlamento.

Torres me detuvo con una mirada, entró y oí su voz respetuosa:

—Señora, aquí está la primera actriz, doña Carmen Ruiz Moragas..., es una gran admiradora de vuestra majestad y querría presentaros sus respetos.

Qué momento, Virgen santa, qué momento.

Yo también tuve ganas de persignarme como Fabregat y darme un beso en el dedo gordo.

Torres me hizo un gesto conminatorio. Como si me tirara al agua, adelanté uno de mis zapatitos de *satin* y entré en el palco real del teatro Fontalba, que olía a perfume Coty, a cigarrillos egipcios Abdullah y a canapés reventados.

El mundo se detuvo, los murmullos se apagaron, ante la puerta entreabierta se agolparon las damas curiosas, de los palcos vecinos asomaron cabezas, emplumadas unas, con diademas resplandecientes otras, ellos con tanto fijador y tanta brillantina que parecían cráneos de charol, la platea era un mar blanco de caras blancas vueltas hacia nosotros. Hasta el humo espeso, el polvo en suspensión, parecieron paralizarse.

Aunque en ese momento no me di cuenta de nada porque me acuchillaron las impresionantes aguamarinas de los ojos de la reina Victoria Eugenia. Una mirada de acereña dureza que me taladró de arriba abajo y que me dijo sin palabras: «Ya sé quién eres, so puta», aunque en realidad permaneció en un silencio mineral que se podía masticar.

Yo la miré entre maliciosa y cándida.

Entrecerró los ojos con desprecio, se llevó el cigarrillo a la boca y, mientras chupaba ávidamente, me tendió muy abajo una mano fea, blanda y pálida, de forma que me tuve que hincar de rodillas en el suelo para besársela. Así nos quedamos unos segundos que a mí me parecieron siglos, ella alta y erguida, pero ajada por las penalidades que le infligían su marido y sus hijos enfermos más que por los años. Y yo, humilde, de hinojos, pero la triunfadora: ¡el rey me deseaba!, ¡había tenido una hija sana!

¡Y llevaba otro dentro! ¡Chúpate esa, reina!

Tenía ganas de gritárselo a esa mujer altiva y desdeñosa a la que nadie había visto llorar y que no había sabido ganarse el cariño de los españoles, «¡chúpate esa!, ¡de la puta de tu marido!». Pero en ese largo instante que duró toda una vida advertí que el cigarrillo temblaba entre sus dedos, que pequeñas arrugas verticales rodeaban sus labios y que un ligero tic le abría y cerraba el ojo izquierdo.

Su nariz, afilada y grande, estaba enrojecida y tenía la cara a manchas, como si se la hubiera frotado con fresas; Crippa me había contado que padecía alergia y coriza. También advertí en un rincón del palco un bastón con puño de plata, aunque ella permanecía derecha, algo vencida hacia un lado, como si le molestara la cadera.

¡Qué victoria más fácil! ¡Era un ejército contra un tullido!

Sentí no sé si decepción o lástima, pero, como no soy una santa, me eché las pieles hacia atrás y me cuidé de agacharme lo más que pude para que advirtiera mis pechos pequeños pero duros, de chica joven y frescachona, que tanto placer le proporcionaban a su marido, ya que sabía por Alfonso que su cuerpo estaba deformado por los sucesivos partos, seis hijos vivos, uno muerto y cuatro abortos. También incliné la cabeza para que se diera cuenta de que mi cabellera era fuerte y espesa sin necesidad de recurrir a los postizos que le confeccionaba a medida Antoine, que venía expresamente de París para peinarnos a las dos.

No hubo más. Se retiró tan de repente que casi caí al sue-

lo, sus damas se apresuraron a acercarle una silla para que se sentara, pero ella se negó. Pidió una copa de *champagne* y la apuró con ansias de borracho sin ofrecerme. Rosario de Lé-cera, de quien se decía que la amaba contra natura, me dirigió una mirada de asco que no me afectó, pero la reina hizo revolotear la mano despectivamente, como se espanta un insecto molesto, y aún tuvo la presencia de ánimo de decir con triste ironía:

—Gracias, Emilio.

Torres hizo una reverencia con la que si llevara sombrero empenachado hubiera barrido el suelo, que falta hacía, por cierto, y yo, sin volverme de espaldas, según había representado en tantas comedias galantes, volví a realizar una pequeña reverencia llena de gracia y dignidad, ¡demonios, por algo soy actriz, y no tan mala como dicen algunos críticos!

Salí al pasillo con una fatiga tremenda, añorando de pronto y de una manera insoportable la dulce tibieza de mi cama. Todo el mundo fingió dedicarse a sus asuntos, solamente el Caballero Audaz, que iba enguantado, me rindió un aplauso mudo. Y María Fernanda me dijo en voz baja:

—Hija mía, roína, esto es como una de esas guarrerías en francés que hace Irenita López Heredia, pero en más fino.

Alfonso, que tiene mucho tupé, no apareció.

Esa misma noche, muy tarde, se presentó en mi casa de la avenida del Valle. Se había cambiado y vestido de sport; de las mangas de su chaqueta de *tweed* sobresalían los puños blanquísimos de su camisa. Nada más verme, hundió su cara en el hueco de mi hombro y rebuznó humedeciéndome la oreja, algo que detestaba, pero que él hacía expresamente para enrabiarme:

—Golfona, tu soldadito te necesita.

—Qué cuentista eres, mi amor.

Como siempre cuando estábamos en mi dormitorio, colocó mi camisa de muselina encima de la luz eléctrica para

atenuarla y, después de muchos meses, supe que me deseaba. Me besaba en la frente, en el hombro, en el cuello, en el escote, en cualquier lugar menos en la boca, y puso la voz zalamera de un golfillo de Carabanchel:

—Gitanaza, ¡quítate todo eso!

Todo eso era ya muy poco, tan solo las ligas y las medias. Hicimos el amor rápida y convulsamente porque él, ya mermando de fuerzas, disparaba atropelladamente sus últimos cartuchos. Pero, mientras, yo gemía fingiendo un placer que él ya no sabía darme y miraba al techo sin verlo pensando en la reina, en sus manos feas que siempre ocultaba en las fotografías, en sus párpados caídos, en su cutis estropeado, en sus brazos flácidos, pero sobre todo en su sufrimiento de mujer porque yo comprendía que, a pesar de los desplantes e infidelidades, se moría por los huesos de mi soldadito.

Y en mis adentros se pusieron en pie Agustina de Aragón y Mariana Pineda a la vez y me dije: «¡Pues yo voy a tener un rasgo también de gran señora!».

Y me vi a mí misma llegando al Palacio de Oriente y diciéndole con magnanimidad:

—Quédatelo, te lo regalo.

Porque en los sueños no existen los tratamientos ni el protocolo. Iría sencillamente vestida, un poco como Juana de Arco en la hoguera... ¡Carmela, chiquilla, parece que no hayas representado otra cosa que mujeres a punto de espicharla! Me arrodillaría como una novicia, solo provista de mi deslumbrante belleza (creo que eso era de *Manon Lescaut*), le daría el brillante de Cartier y le soltaría:

—Aquí te lo entrego.

Aunque quizás en lugar del brillante le llevaría las pantuflas que Alfonso se deja siempre en casa, que es una cosa más íntima y más entrañable.

Después me giraría hacia el patio de butacas y declamaría en un trémolo que me queda casi tan bien como a la Xirgú:

—Pueblo de Madrid, os devuelvo a vuestro rey.

—Carmela, ¡Carmela!

Me sobresalté.

—Ay, perdona, mi vida, no te oía.

—¿Qué decías del pueblo de Madrid? —Se golpeó el pecho—. Yo soy el pueblo de Madrid, ¡más pueblo de Madrid que yo no hay nadie!

Lo abracé, cariñosa, entre risas, y no quise reconocer que lo mío era una generosidad sin mérito porque había dejado de amarlo.

Alfonso se desasíó y se metió tras la cabeza mi almohada doblada en dos según tenía por costumbre, ya que así mantenía los pulmones más altos y respiraba mejor, y se dispuso a pegar la hebra porque cuando se sentía con el alma aterida, como hoy, se calentaba con nuestras charlas y mis carantoñas. Yo le pasaba distraídamente la mano por el pecho, la bajaba hasta los muslos blandos como tentáculos de medusa, qué diferente de los de Juan Chabás, duros como columnas de granito. Claro que son veintiocho años frente a cuarenta y dos y no olvidemos que el pobre Alfonso es hijo póstumo de un tuberculoso, mientras que el padre de Juan es un robusto notario capaz de ir caminando todos los días ida y vuelta de Denia a Jávea.

Alfonso había terminado su sinfonía amorosa, que ahora, más que sinfonía, era género chico, zarzuela, pero ¿y yo? Ay, cómo añoraba ese ardor de macho de Juan, su olor a carne muy lavada, a frescura de agua que corre, sus caricias enloquecedoras, ¡él nunca terminaba hasta que yo no estaba satisfecha! Suspiré, cogí dos cigarrillos de la pitillera de Alfonso, los encendí en un gesto cotidiano desprovisto de pasión pero lleno de ternura y le puse uno entre los labios. Él me miraba con curiosidad y me dijo:

—Tienes más pecho, me parece que vuelves a estar preñadita. A ver si me vas a resultar coneja tú también.

Asentí sin palabras; puso su mano sobre mi vientre.

—Que sea un tío de pelo en pecho... Que sea militarote como Juan de Austria, el bastardo de Carlos I.

—... O poeta... —le repliqué con audacia, jugando con fuego.

Pero Alfonso miraba pensativamente la punta de su cigarrillo, se le notaba empapado en desgana por la noticia.

—Qué machote soy, donde pongo el ojo pongo la bala, porque total, ¿cuántas veces hemos follado este último año, Carmelilla?

Se incorporó apoyándose en un codo, le sobresalían las clavículas tanto que parecía que la carne fuera a agujerarse, me miraba con curiosidad.

—Pero si yo creo que no hacemos cochinas desde hace siglos, mi señá Carmela.

Yo me eché a reír de una manera exagerada.

—Qué desastre eres para las fechas, mi vida, ¿no te acuerdas de que viniste en junio a tu regreso de Santander? Te quedaste a dormir varias noches, tu mujer estaba en...

Cerró los ojos y negó con la cabeza, no le gustaba a mi soldadito que yo mentara a la reina, aunque él sí se explayara sin fin hablándome de su frigidez desde que...

—Ah, sí, es verdad.

—Ladrón.

—¡Sultana!

Entre suspiros concedió sin mucho interés:

—Tienes razón como siempre, hija, con todo este follón de Primo de Rivera se me olvidan los temas sicalípticos.

Se removió, golosón, en la cama y se puso nostálgico, como le pasaba ahora casi siempre.

—De lo que no me he olvidado es de la primera vez, Carmelilla, ¿te acuerdas? Tú estabas en... —Apagó el cigarrillo y después se tumbó de nuevo en la cama—. Sigue, sigue...

Porque había vuelto a acariciarlo, le pasaba la mano por la espalda como se pasa la mano por la hierba cuando caminamos por el campo.

Después se quedó dormido en uno de esos sueños agitados que tenía siempre, en los que lloraba, gemía y se abrazaba a mí tan fuerte que me hacía daño. El resplandor apagado de las farolas de gas que se colaba en la habitación a través de

los leves visillos fue poco a poco sustituido por la luz amarillenta del amanecer ya casi otoñal.

La mañana se levantaba deliciosa, el cielo decorado con algunas nubes barrocas que viajaban lentamente hacia el norte como enormes galeones con las velas desplegadas. Me estiré voluptuosamente, me puse en la boca una ramita de canela que siempre tenía en mi mesa de noche, mastiqué un grano de pimienta y luego me incliné sobre Alfonso para despertarlo de la forma que a él le gustaba.

Cuando se estaba yendo, en un impulso que ahora no sé explicarme, le metí en el bolsillo una caja que me acababan de enviar de París.

—Toma, es un tarro de crema Elizabeth Arden.

Frunció el ceño, se lo sacó con gesto indignado.

—Pero... qué cojones...

Yo le detuve.

—No te ofendas, ya sé que no eres julandrón, mi rey... Es muy bueno para las rojeces..., ya sabes, lo que tiene ella..., la reina, en la cara. ¡No le digas que te lo he dado yo!

Alfonso iba a protestar, pero algo vería en mis ojos, que se encogió de hombros, se dio la vuelta, chasqueó los dedos a lo gitano para que surgiera Torres de entre las sombras del jardín y salió de casa.